

Un peruanista francés en los Andes: entrevista a Pierre Duviols

A French Peruvianist in the Andes: An interview with Pierre Duviols

CÉSAR ITIER

Institut National des Langues et Civilisations Orientales

cesar.itier@gmail.com

PEDRO GUIBOVICH PÉREZ

Pontificia Universidad Católica del Perú

pguibovich@pucp.edu.pe

RESUMEN

En esta entrevista, Pierre Duviols, uno de los más destacados peruanistas franceses, nos habla de su trayectoria biográfica y académica. Expone en detalle acerca de su entorno familiar, sus estudios, los orígenes de su vocación por el estudio de la historia de los Andes y las relaciones que mantuvo con los estudiosos peruanos desde su llegada al Perú a mediados del siglo XX. Además, nos informa de sus perspectivas de estudio y su metodología de trabajo.

Palabras clave: Duviols, historia andina, historiografía, historia colonial, metodología

ABSTRACT

In this interview, Pierre Duviols, one of the most renowned French Peruvianists, speaks about his biographical and scholarly trajectory. He presents a detailed picture of his family environment, his studies, the origins of his interest in the history of the Andes, and his relationships with Peruvian scholars since his arrival in Peru in the mid-20th century. He also tells us of his perspectives on research and his work methodology.

Keywords: Duviols, Andean History, Historiography, Colonial History, Methodology

HISTORICA XLII.2 (2018): 155-169 / ISSN 0252-8894



<https://doi.org/10.18800/historica.201802.005>

En el campo de los estudios sobre la historia prehispánica y colonial peruana, destaca la figura de Pierre Duviols; sin duda, uno de los peruanistas franceses más renombrados. Desde la década de 1960 hasta nuestros días, la obra de Duviols ha abierto innumerables perspectivas de estudio para el conocimiento de la historia peruana. A pesar del tiempo transcurrido, desde su aparición en 1971, *La lutte contre les religions autochtones dans le Pérou colonial (L'extirpation de l'idolatrie entre 1532 et 1660)* sigue siendo la obra de referencia por excelencia en lo que refiere a la política del clero católico hacia los cultos y prácticas religiosos de los pobladores que habitaron los Andes centrales. Duviols ha sido miembro del Comité Internacional de *Histórica* desde su fundación en 1977. Las páginas de esta revista han acogido cuatro magistrales estudios suyos sobre la dualidad incaica, las fuentes literarias del cronista Felipe Guamán Poma de Ayala, la biografía del Inca Garcilaso de la Vega y las fuentes de la fiesta de moros y cristianos en la sierra de Lima.¹ En las páginas que siguen, nos habla sobre su biografía, su fecunda trayectoria académica y su metodología de trabajo.

[César Itier y Pedro Guibovich] *¿Qué nos puede contar de su infancia y formación inicial y universitaria en Francia y de cómo llegó a seguir estudios de humanidades?*

[Pierre Duviols] Mi padre, Marcel Duviols, tuvo un rol decisivo en mi formación. Él me encaminó hacia los estudios hispánicos. Nació en 1880 e hizo una licenciatura de filosofía en la Universidad de Montpellier. Luego enseñó filosofía en un colegio de Perpignan y allí aprendió el catalán, pues Perpignan se encuentra en la Cataluña francesa. Unos años después, obtuvo un puesto en un colegio de Toulouse. Al mismo tiempo, en la universidad de dicha ciudad, siguió las clases de Ernest Mérimée, titular de la primera cátedra francesa de lengua y literatura españolas, y especialista en la literatura del Siglo de Oro. El profesor Mérimée fue quien determinó el interés de mi padre por la cultura hispánica. Mi padre asistió durante varios años a los cursos de verano que Mérimée daba

¹ Duviols 1980, 1997, 1999 y 2005.

en Burgos desde 1908. Fue en el curso de Mérimée en la Universidad de Toulouse que mi padre conoció a mi madre, quien después también fue profesora de español. Mi padre pasó la primera guerra mundial en el frente, como enfermero. Llegó a participar en la famosa batalla de la Somme y fue condecorado con la Legión de Honor a título civil y militar. Después de la guerra, mi padre pasó la *agrégation* de español, un concurso para ser profesor de rango superior en la enseñanza secundaria, y empezó a enseñar el español en el colegio Buffon, en París.

Mi hermano Jean-Paul y yo nacimos en París, y ambos estudiamos en el colegio Buffon. En el primer año de secundaria, tuve a un excelente profesor de latín y griego, el profesor Cain. Pocos años después, en 1943, durante la ocupación alemana, mi padre nos contó en pocas palabras —pues todos vivíamos con miedo— que dos hombres de la Gestapo habían detenido al profesor Cain en la calle. Estos habían visto que era judío y lo habían matado de dos tiros en la espalda. Él fue el primer profesor que me formó y me marcó. Nuestro padre quería que llegáramos a formar parte, como él, de la élite intelectual del país —en esa época se consideraba a los profesores de secundaria como miembros de esa élite—. Lo que distinguía a la élite intelectual era el haber estudiado latín y griego en la secundaria, y los padres que habían aprendido estos idiomas procuraban que sus hijos también lo hicieran. Cada año, veraneábamos en la casa que mi padre había mandado construir en el pueblo de Salies du Salat, en el suroeste de Francia. Durante las vacaciones, como actividad diaria, nuestro padre nos hacía elegir, a mi hermano y a mí, entre trabajar en la huerta o hacer traducciones del francés al latín, o de este idioma al francés, eso más o menos hasta que tuvimos quince años. Recuerdo eso como muy tedioso, pero en esa época era común que los hombres sobrevivientes de la guerra criaran a sus hijos según normas casi militares.

Mi padre tenía fuertes convicciones republicanas y cuando terminó la guerra civil española muchos republicanos que habían huido de España se establecieron en Salies. Mi padre les daba gratuitamente clases de francés y traducía al francés sus documentos administrativos. Recuerdo que eso representaba un enorme trabajo. Cuando falleció, en 1960, su féretro fue llevado en andas por republicanos españoles. Mi primer contacto

con la lengua española fue con ellos, en particular con una militante republicana que trabajaba en nuestra casa, Pepita, que no hablaba francés. Aprendí a hablar español con ella.

Mi padre había decidido que mi hermano y yo seríamos hispanistas. No se nos ocurrió cuestionar esta orientación y pienso que tuvo razón, pues así pudo encaminarnos de la mejor manera hacia esa especialidad. Empecé a estudiar formalmente el español en el colegio, además del alemán. Eran los años de la ocupación alemana. Alemania dominaba Europa y, por más que detestaran a los nazis, los padres pensaban que sus hijos debían estudiar alemán, pues sin eso no podrían hacer nada. Terminando la secundaria preparé el concurso para ser profesor de la escuela primaria. Obtuve el primer puesto para París, en 1948 o 1949, y empecé a trabajar como maestro. Un principio educativo de mi padre, y de muchas personas de esa generación, era que, después de la secundaria, los hijos debían aprender a arreglárselas solos económicamente. Poco después, en 1949 o 1950, me contrataron como profesor auxiliar en el colegio Louis le Grand, donde enseñé durante un año. Luego, fui supervisor en otro colegio de París. Al mismo tiempo, preparaba una licenciatura de letras, con una opción hispanista, para lo cual tomaba clases en el Institut d'Études Hispaniques de la Universidad de la Sorbona.

A través de este instituto, fui uno de los primeros estudiantes en seguir los cursos de verano que se crearon en la Universidad de Segovia en los años que siguieron la segunda guerra mundial. Allí iban a enseñar los mejores profesores españoles, como por ejemplo Ramón Menéndez Pidal o José Ortega y Gasset. Solíamos almorzar con ellos y recuerdo que Menéndez Pidal solo bebía leche. Una vez, mi padre vino a Segovia, creo que en 1949. En un almuerzo, yo estaba sentado al lado de mi padre, y él, al lado de Ortega y Gasset. Hablaron todo el tiempo en catalán. También asistimos a conferencias del músico Joaquín Rodrigo, que era ciego. Con él fuimos a Aranjuez a escuchar el famoso concierto dirigido por Ataulfo Argenta. Por esos años, también me recibió la hermana de García Lorca, en su casa-castillo de Fuentevaqueros. Hacia 1950, mi padre empezó a hacer manuales escolares para la enseñanza del español (*Tras el Pirineo, Por España y América*). Me encargó la parte americana del segundo de ellos.

[C.I. y P.G.] *¿Cómo era el medio de los «hispanistas» en la Francia de las décadas de 1950 y 1960?*

[P.D.] En París, seguí las clases de Robert Ricard y de Marcel Bataillon, en 1954-1955 y 1959-1960. Las clases de Ricard en el Institut Hispanique no eran muy buenas, pues consistían en gran parte en reseñas bibliográficas, pero eran útiles. Sin embargo, su libro, *La conquête spirituelle du Mexique* (París, 1933), me marcó. Bataillon también enseñaba en el Institut Hispanique, así como en el Collège de France a partir de 1951, donde se dedicaba a analizar y reevaluar a los cronistas del Perú: Gómara, Las Casas, Zárate, Gutiérrez de Santa Clara y Garcilaso. Allí hizo una crítica del libro del historiador español Fernando de Armas Medina, *Cristianización del Perú* (Sevilla, 1953), y eso fue lo que me orientó hacia el estudio de ese proceso histórico, después de mi regreso del Perú en 1953. La crítica de Bataillon era doble: por una parte, ese libro era pésimo desde un punto de vista historiográfico, es decir lleno de errores y con una información insuficiente, pues Armas había dejado de lado muchos aspectos esenciales —no mencionaba, por ejemplo, la lucha contra las «idolatrías» ni la explotación de los indígenas por los curas—; por otra parte, Armas tenía un punto de vista apologético, a favor de la acción de España. En realidad, Armas se interesó más por el arsenal legislativo de la Corona que por lo que realmente se hizo en el Perú.

[C.I. y P.G.] *¿Cómo era el medio de los «latinoamericanistas» en España en esos mismos años?*

[P.D.] El trabajo de Armas Medina es representativo del ambiente que dominaba en ese país después de la guerra. Muchos se dedicaban a la defensa de la obra «civilizadora» de España en América. Por ejemplo, era la perspectiva de Francisco Morales Padrón, a quien conocí cuando era catedrático de la Universidad de Sevilla, pues, en los años 70, me invitó a dar tres conferencias en dicha universidad. Hice amistad sobre todo con Manuel Ballesteros Gaibrois, a quien visité varias veces en su casa en Madrid entre fines de los años 70 y principios de los años 80. Ballesteros fue un excelente profesor en la Universidad Complutense y

desempeñó un papel muy importante para los estudios americanistas en España. Creó la colección «Crónicas de América» y es autor de valiosos trabajos sobre el descubrimiento de América y sobre los cronistas. Su trabajo no tenía la orientación política y nacionalista de otros, a pesar de que había sido alcalde de Sevilla nombrado por Franco y gobernador de Tenerife. Ballesteros era un hombre discreto y honesto.

[C.I. y P.G.] *¿Cómo llegó usted a interesarse por el Perú?*

[P.D.] En 1950-51, yo seguía las clases del Institut d'Études Hispaniques, en la Sorbona. En esa época, conocí en París a Ventura García Calderón, quien era delegado permanente del Perú en la Unesco, y leí *La venganza del cóndor*, que me gustó mucho. Concebí entonces el proyecto de investigar la literatura indigenista peruana moderna. Un día, durante una clase en el Instituto Hispánico, el profesor Gaspard Delpy nos dijo que un puesto de lector de francés estaba vacante en la Universidad de San Marcos y que si uno de nosotros estaba interesado, se acercara a él después de la clase. Fui rápidamente a verlo al final de la clase. Era una oportunidad extraordinaria para mí, pues me permitiría ensanchar mis conocimientos sobre la cultura peruana. Además, la vida en Francia era muy difícil por esos años y muchos jóvenes soñábamos con salir a otros países. El puesto era por dos años, de lector y también de formador de profesores de francés. Así fue como llegué a Lima, en abril o mayo de 1951. Me quedé hasta 1953.

[C.I y P.G.] *Al llegar al Perú, ¿cómo conoció a los investigadores locales, sanmarquinos (Raúl Porras, Luis Valcárcel, José María Arguedas) y de la Católica (Vargas Ugarte, Guillermo Lohmann)?*

[P.D.] Cuando llegué a San Marcos, me recibió muy gentilmente el doctor Aurelio Miró Quesada, entonces decano de la Facultad de Letras. Siempre mantuve una relación estrecha con él y me hizo una dedicatoria en su último libro. Esos dos años en Lima, me permitieron conocer a muchas personas. Con José María Arguedas, tuvimos inolvidables charlas. Entre 1951 y 1953, solía encontrarme con él en el Cream Rica, en el Jirón

de la Unión, cerca de la Plaza San Martín. Con Raúl Porras Barrenechea, no tuve una relación personal. Escuché una conferencia suya en Lima en 1952, en un evento en el que también participaba Marcel Bataillon. Durante mi segunda estadía en el Perú, en 1965-1967, frecuenté mucho a Luis Valcárcel a quien visitaba en su casa de Miraflores, cerca de la avenida Larco. Hablábamos de muchos temas. Él me contrató para dar clases en el Instituto de Etnología de la Universidad de San Marcos. Mis clases consistían en hacer leer textos de cronistas y hacer comentarios y explicaciones de textos con los estudiantes, porque el comentario de texto no existía en San Marcos y muchos hablaban de los incas sin haber leído las fuentes. Es lo que Valcárcel me había pedido hacer.

Entre los profesores de la Universidad Católica, conocí a Rubén Vargas Ugarte y a Guillermo Lohmann Villena. A Vargas Ugarte, lo visité varias veces, y también cuando estaba en el hospital, poco antes de su muerte. Le di mi libro sobre la destrucción de las religiones andinas, pero no le agradó porque los hechos que saqué a luz no se avenían con su perspectiva apologetica. Con Guillermo Lohmann Villena, mantuve un diálogo sobre cuestiones etnohistóricas e intercambiamos correspondencia. Lohmann era ultracatólico: recuerdo haberlo visto en Sevilla llevando el estandarte de la Virgen de los Reyes de la que era devoto; viajaba cada año a la capital andaluza para participar en la procesión.

[C.I y P.G.] *¿Qué relaciones estableció con otros investigadores europeos, norteamericanos y latinoamericanos?*

[P.D.] En la década de 1950, asistí varias veces a los «domingos de Paul Rivet», que él organizaba en el Instituto de Etnología, en el Museo del Trocadero. En cada sesión, un invitado —francés, latinoamericano o de otro país— presentaba su investigación y luego había una discusión. Rivet tenía su departamento en el último piso del Museo del Trocadero, donde tenía una abundante y valiosísima colección de libros en o sobre quechua y aimara. Georges Dumézil, que lo visitó en su lecho de muerte, me contó que Rivet quería que ese fondo permaneciera en Francia. Desafortunadamente, su viuda, Mme. Vacher, vendió ese fondo a la Biblioteca Nacional del Perú, donde constituye el actual Fondo Rivet.

Digo «desafortunadamente», porque una parte de ese valiosísimo fondo ha sido robado de la misma Biblioteca Nacional, como otros tantos libros y manuscritos importantes.

En mi trayectoria intelectual, fue determinante mi relación con Georges Dumézil. Lo conocí en Cusco en 1952, durante la estadía de seis meses que hizo allí para estudiar quechua. Luego seguí sus clases en la *École Pratique des Hautes Études* y lo visité a menudo en su casa en París. Le debo, en gran parte, mi interés por la religión y la mitohistoria andinas. Mucho antes de Levi-Strauss, Dumézil ya consideraba una religión o una mitología como un conjunto organizado, un sistema. Creo que su influencia es detectable en mis esfuerzos por sacar a luz los principios ideológicos que organizaban las tradiciones mito-históricas relativas a la guerra de los incas contra los chancas o a los huaris y los llacuaces, en la sierra central.

También conocí bien a Jean Vellard, un hombre honesto y muy valioso. Al principio, Vellard se interesaba por las arañas. Había vivido en Paraguay en los años 30, donde había aprendido el guaraní. Luego Paul Rivet lo convenció de que fuera a Bolivia y estudiara la lengua uru. Vellard realizó la más completa etnografía que existe acerca de los urus del lago Titicaca. Inmediatamente después de la segunda guerra mundial, tuvo un puesto importante en la Embajada de Francia en Lima y fue uno de los fundadores del Instituto Francés de Estudios Andinos en 1948. Si bien recuerdo, era director del IFEA cuando lo conocí en 1951 o 1953. Tuve una excelente relación con François Bourricaud a quien conocí en 1965 o 1966 en Puno. Después lo visité a menudo en París y en su casa del suroeste de Francia. Era un hombre extraordinario y un sociólogo excelente. Su tesis de doctorado fue sobre el principio de autoridad. Era profesor en la Sorbona y tuvo a Alan García entre sus estudiantes. En 1985, le dio consejos políticos que García no siguió. Luego García se dio cuenta de que Bourricaud tenía razón. También tuve excelentes relaciones con el geógrafo Olivier Dollfus, a quien conocí en Lima, pues él dirigía el IFEA cuando yo era becario del Instituto en 1965 y 1967. Actualmente, considero a Bernard Lavallé como uno de los mejores especialistas franceses de la América colonial. Es un excelente investigador,

que se mantiene alejado de los rollos pseudoteóricos universitarios, y que hace avanzar el conocimiento al construir una visión general.

Entre los investigadores europeos con quien tuve vínculos estrechos, se encuentra Tom Zuidema. Al principio, tuve buenas relaciones con él. Lo hice invitar por un año, en 1984, en la *École Pratique des Hautes Études*, de la Universidad de la Sorbona, donde yo tenía, desde 1977, la cátedra sobre religiones de América antigua. Fruto de sus conferencias en dicha escuela es su libro *La civilisation inca au Cuzco* (1986). Zuidema había hecho su doctorado con el primer antropólogo estructuralista holandés, J. P. B. Josselin de Jong, especialista de Indonesia. Con el tiempo, adopté una postura más crítica con respecto al estructuralismo de Zuidema. Con él, el debate contradictorio era difícil, pues cuando le daba un argumento contra alguna de sus interpretaciones, él repetía lo que acababa de decir y nunca respondía al argumento. En los años 1990, sostuvimos una polémica en torno al famoso dibujo «cosmológico» de la crónica de Pachacuti Yamqui. Parte de esa polémica se publicó en el libro editado por Thérèse Bouysse-Cassagne, *Saberes y memorias en los Andes* (1997). En el fondo, lo que dije allí fue que su estructuralismo era un estructuralismo barato. Nuestra relación se deterioró en ese momento. Sin embargo, lo volví a ver en el 2015 en Lima, cuando hice una charla sobre Huarochirí. Él estaba sentado en primera fila y, cuando terminó mi charla, se me acercó y conversamos amablemente, a pesar de nuestras oposiciones.

Entre los investigadores norteamericanos, conocí bien a John Murra y a John Rowe. A John Murra, lo conocí en Lima hacia 1965, cuando él estaba buscando documentos antiguos sobre el Perú. Se quedó bastante tiempo en Lima. Él vivía en un departamento de la avenida Wilson y preparaba, con su secretaria, la transcripción de los manuscritos de las visitas de Huánuco. Trabajaba también con arqueólogos y me invitaron a visitar la región. En esa oportunidad —creo que fue en 1966—, la Universidad de Huánuco nos hizo, a John Murra y a mí, doctores honoris causa. En los años 70, Murra me invitó a dar clases en la universidad de Cornell, donde él enseñaba. Me pidió que expusiera sobre Cristóbal de Albornoz, autor, en el siglo XVI, de una «Instrucción para descubrir todas las guacas del Pirú». Es un tema que le interesaba mucho e hice

una exposición de más de una hora ante sus estudiantes. Por esos mismos años, Murra radicó un tiempo en París, alojado por un amigo que se había hecho durante la guerra de España. Nos veíamos a menudo en el café Le Select, en el boulevard du Montparnasse, donde se reunían los surrealistas y otros artistas e intelectuales. Murra era muy francófilo y hablaba perfectamente el francés.

Hacia 1970, John Rowe me mandó una carta muy amable en francés para invitarme a dar conferencias en Berkeley. Durante la guerra, Rowe había sido intérprete alemán-francés en Francia y en Alemania, y hablaba el francés sin dejo y también perfectamente el alemán. Desafortunadamente, circunstancias personales no me permitieron ir a Berkeley. Durante un tiempo nuestra relación se deterioró. Parece que Rowe se sintió atacado por mi cuando cuestioné una afirmación suya en cuanto a la fiabilidad del cronista Bernabé Cobo —escribí que Cobo había copiado a Polo de Ondegardo y di pruebas—. Rowe me atacó en el primer número de la revista *Antropología andina*, publicada en Cusco por Jorge Flores Ochoa en 1976. Poco tiempo después, fui a Cusco para conversar con él, con una botella de vino blanco francés. John Rowe vivía cerca del mercado de San Pedro y conversamos, pues era una persona con quien se podía hablar. Luego, cuando Zuidema formuló por primera vez su interpretación del dibujo de Pachacuti, publiqué un comentario elogioso sobre ella. John Rowe tenía en muy baja estima el trabajo de Zuidema y mi elogio le pareció indebido. Luego, me di cuenta de que Rowe tenía razón. Cuando salió la edición de la crónica de Pachacuti Yamqui, que César Itier y yo realizamos y en la que critico la interpretación de Zuidema, me contaron que Rowe estuvo muy contento. Una estudiante común, que asistía a mis clases en la École Pratique, y a las de Rowe en Berkeley, me dijo que Rowe apreciaba los buenos vinos franceses. Entonces, le di una botella de vino para él, en la que escribí «¡viva Cobo!» Supe que Rowe se rió mucho y nos hicimos amigos de nuevo.

En otros países de América Latina, me relacioné con Miguel León Portilla, que me invitó a dar tres conferencias en la UNAM. Lo frecuenté en México a mediados de la década de 1970, época en que inicié un trabajo de archivo en México y Guatemala con el objetivo de comparar

las civilizaciones andinas y mesoamericanas. Me dediqué a este proyecto durante tres o cuatro años, yendo seguidamente a estos dos países. Este proyecto fue estimulado por mis intercambios con Georges Dumézil, que hacía trabajo comparativo en el ámbito indoeuropeo. Pero era una empresa inmensa a la que finalmente tuve que renunciar. También fui amigo del historiador y ensayista colombiano Germán Arciniegas, a quien invité a dar conferencias en la universidad de Provenza (Aix-en-Provence) hacia 1963-1964 y con quien mantuve una correspondencia. Igualmente, tuve amistad con el escritor y ensayista venezolano Mariano Picón Salas, conocido en toda América y a quien también invité a dar conferencias. Él acababa de crear el Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, en Caracas.

[C.I. y P.G.] *¿Cómo se interesó por el tema de las idolatrías?*

[P.D.] Inicialmente, fue Marcel Bataillon quien formuló el tema de mi tesis de doctorado. Iba a ser: «El pensamiento religioso español sobre los indios del Perú». Posteriormente, reorienté mi tema hacia el de la lucha contra las religiones autóctonas, porque sabía que era posible encontrar fuentes al respecto. En efecto, durante mi primera estadía en el Perú, Luis Valcárcel me había señalado la existencia de una importante documentación sobre este tema en el Archivo Arzobispal de Lima y me dio copias mecanografiadas de algunos de estos documentos, realizadas por Luis Bastos Girón. Entre 1965-1967, trabajé en el Archivo Arzobispal, transcribiendo varios procesos y haciendo transcribir algunos otros por alguien. Algunos de estos procesos desaparecieron posteriormente.

[C.I. y P.G.] *¿Por qué su tesis sobre las idolatrías fue publicada en México y no en el Perú?*

[P.D.] Mi tesis se publicó en francés en 1971. José Matos Mar se comprometió a publicarla en español en el Instituto de Estudios Peruanos. Yo tenía amistad con Federico Schwab, quien me propuso que su secretario, Albor Maruenda, que pretendía conocer el francés, hiciera la traducción. Pero el IEP no consiguió financiamiento para pagar al traductor o ese financiamiento desapareció. A través de León Portilla, que conocía la

edición francesa, la Universidad Nacional Autónoma de México ofreció entonces pagar a Maruenda y publicar el libro en México. El libro salió en 1977. Desgraciadamente, la traducción realizada por Maruenda es muy deficiente, pues él no conocía el francés. Una nueva traducción se está realizando en este momento en el Perú, a cargo de Sandra Recarte y César Itier, que pronto se publicará en Lima.

[C.I. y P. G.] *¿Cuál fue su relación con los académicos de la Universidad Católica y en particular con Franklin Pease?*

[P.D.] Con Franklin Pease tuve relaciones cordiales, pero yo no compartía la mayor parte de sus puntos de vista. Noté que retomaba temáticas históricas expresadas por los investigadores contemporáneos, pero generalmente yo no estaba de acuerdo con lo que escribía.

[C.I. y P.G.] *¿Cómo es su relación intelectual con su hermano, Jean Paul Duviols, especialista en viajeros coloniales a Latinoamérica?*

[P.D.] Nuestra relación es excelente. Él también es historiador y fue catedrático en la Universidad de la Sorbona de 1990 a 2005. Ahora está jubilado, pero sigue publicando libros y artículos. Hace mucho tiempo, acordamos que él y yo haríamos investigaciones sobre zonas diferentes. Él me dejaba la región andina. Hubo algunas excepciones que mencionaré. Los dos colaboramos en la redacción de un libro de enseñanza del español para el último año de secundaria titulado *Sol y sombra, lengua, literatura e historia españolas y latino-americanas* (París, ediciones Bordas, 1972). Cuando mi hermano dirigía las publicaciones de la editorial Métailié, redacté la «presentación» de este libro suyo: *Francisco de Jerez. La Conquête du Pérou. 1534* (traducción de H. Ternaux-Compans, 1982). Hice un artículo sobre el Inca Garcilaso en el libro *Enfers et damnations dans le monde hispanique et hispanoaméricain*, editado por mi hermano y Annie Molinié-Bertrand en 1996. También publiqué, en 1993, un manuscrito olvidado de Aimé Bonpland a Alexandre de Humboldt —que trataba del «uso de la hierba mate entre los indios del Paraguay en el siglo XVI».

[C.I. y P.G.] *¿Alguna opinión sobre el trabajo de otros peruanistas o andinistas, por ej. Nathan Wachtel o Jean-Philippe Husson?*

[P.D.] En su famoso libro *La visión de los vencidos* (1971), Wachtel trató de plantear para los Andes la misma pregunta que Miguel León Portilla había formulado a la documentación mesoamericana en su libro de 1959, *Visión de los vencidos*, cuyo título Wachtel retomó tal cual. León Portilla me dijo que estaba indignado de que Wachtel hubiera copiado el título de su libro. Para ello, Wachtel se basó en una única fuente, la llamada *Tragedia de la muerte de Atahuallpa*, una obra dramática en quechua publicada por Jesús Lara en 1957, en Bolivia. Sin embargo, a diferencia de León Portilla, Wachtel no conocía la lengua en que estaba escrita la obra y no analizó el texto original. Sin hacer un estudio crítico del documento —ni siquiera a través de su traducción—, repitió las afirmaciones de Lara según las cuales se trataba de un drama elaborado por un amauta inca sobreviviente de la Conquista. Wachtel no se preguntó si se trataba de un auténtico documento indígena. En dos artículos, César Itier hizo la demostración filológica e histórica de que la *Tragedia* era una burda superchería literaria y que había sido escrita por el mismo Lara.² En su libro, Wachtel halaga los sentimientos de las personas que, en Bolivia y otros países, desean que Lara tenga razón. En realidad, hacía tiempo que se sospechaba que Lara era un falsificador y yo mismo había llegado a esa conclusión. Hacia 1966 viajé a Sucre, donde estuve durante tres semanas trabajando en el Archivo Nacional de Bolivia. De regreso, me detuve en Cochabamba para conocer a Lara porque afirmaba en sus escritos tener documentos antiguos en quechua. Tuvimos una larga conversación y le pregunté acerca de los documentos que pretendía tener; es decir, las supuestas colecciones Méndez y Vásquez. Yo ya estaba convencido de que estos documentos nunca habían existido, pero esta conversación me aportó la prueba de que Lara había mentido. En efecto, antes de viajar, le escribí desde Lima preguntándole sobre los documentos antiguos que menciona en *La literatura de los quechua* y me contestó que los tenía en su casa. Probablemente, no imaginaba que yo viajaría a Cochabamba y

² Itier 2001 y 2009.

cuando conversamos en su casa, me dijo que los manuscritos excepcionalmente estaban en otra parte y no me los podía mostrar. Yo había preparado preguntas muy precisas sobre estos documentos pero solo recibí respuestas vagas y evasivas. En cuanto a Husson, trató de hacer la demostración filológica de la autenticidad inca de la *Tragedia*, pero su falta de lógica argumentativa y su ignorancia histórica lo dejan sin voz. Sus escritos no merecen comentarse. Por mi parte, estudié las versiones folklóricas del drama; es decir, las que todavía se representan en varios pueblos del Perú y de Bolivia, y que son muy diferentes a la *Tragedia* publicada por Lara. Identifiqué las principales fuentes literarias utilizadas por sus autores y mostré que la principal fue Garcilaso. Existe también un excelente artículo de Marine Bruinaud, que muestra que estas obras tomaron por modelo estructural las representaciones hispanas de «moros y cristianos»³.

[C.I. y P.G.] *¿Cuál es su método de trabajo?*

[P.D.] Considero esencial buscar nuevos documentos y comparar varias fuentes sobre un mismo asunto, analizando la argumentación desarrollada por sus autores. Hay que buscar las contradicciones entre las fuentes y ver si el autor de un documento modificó la información para adecuarla a la moda intelectual de su momento o a sus intereses u objetivos. Comparar es fundamental y para eso hay que distinguir los detalles. En definitiva, se trata de evaluar la fiabilidad de cada fuente sobre el asunto que buscamos conocer.

[C.I. y P.G.] *¿Qué recomendaciones daría a los jóvenes estudiantes?*

[P.D.] Pues hacer lo que acabo de decir: buscar libros y manuscritos en las bibliotecas y los archivos y leer fuentes primarias, y no solo estudios modernos. Otra cosa esencial es adquirir una cultura general, y eso se consigue también a través de la lectura.

³ Bruinaud 2012.

[C.I. y P.G.] ¿Cuál cree usted que constituye su mayor aporte?

[P.D.] La arqueología ha realizado inmensos progresos en las últimas décadas. Sin embargo, para la época inca, nuestros conocimientos se completan y se explican por las fuentes escritas, en particular los cronistas, que tuvieron acceso a documentos antiguos y perdidos, estuvieron en contacto con los conquistadores españoles o con los incas u otras personas que habían vivido en el Tahuantinsuyo, y tuvieron informaciones sobre cosas que luego desaparecieron muy rápidamente. Si aporté algo al conocimiento de la sociedad y la cultura andinas de la época inca, fue porque busqué nuevas fuentes en las bibliotecas y los archivos españoles, hispanoamericanos y norteamericanos, que conservan documentos manuscritos.

BIBLIOGRAFÍA

- Bruinaud, Marine 2012. «Las representaciones teatrales de «la muerte de Atahualpa: ¿una herencia de «moros y cristianos»?». *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*. T. 41, núm. 1: 81-121. <https://doi.org/10.4000/bifea.1202>
- Duviols, Pierre. 1980. «Algunas reflexiones acerca de la tesis de la estructura dual del poder incaico». *Histórica*. Vol. IV, núm. 2, diciembre: 183-196.
- _____. 1997. «En busca de las fuentes de Guamán Poma de Ayala: realidad e invención». *Histórica*. Vol. XXI, núm 1, julio: 27-52.
- _____. 1999. «La representación bilingüe de La Muerte de Atahualpa en Manás (Cajatambo) y sus fuentes literarias». *Histórica*, Vol. XXIII, núm. 2, diciembre: 367-392.
- _____. 2005. ¿Por qué y cómo Garcilaso heredó de su padre el título de Inca? Una lectura selectiva y comparativa de los *Comentarios reales de los Incas* y de algunos documentos garcilacistas». *Histórica*. Vol. XXI, núm. 1, diciembre: 7-44.
- Itier, César. 2001. «¿Visión de los vencidos o falsificación? Datación y autoría de la Tragedia de la Muerte de Atahuallpa». *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, T. 30, núm. 1: 103-121.
- _____. 2009. «La Tragedia de la muerte de Atahuallpa de Jesús Lara, historia de una superchería literaria». *Anuario de Estudios Bolivianos, Archivísticos y Bibliográficos*. Núm. 15: 215-229.

Fecha de recepción: 19/IV/2018

Fecha de aceptación: 20/V/2018